

Hacer la Revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del Muro, Aldo Marchesi, Siglo XXI editores, Argentina, 2019

Pedro Valdés Navarro¹

Tras la caída del Muro de Berlín y el colapso del bloque soviético, parecía también ser evidente, que el ciclo de la lucha armada en el continente americano, había llegado también a su fin. Salvo la excepcionalidad y originalidad de la rebelión de Chiapas en 1994 y las experiencias todavía latentes pero aisladas de la guerrilla colombiana de las FARC y el ELN, la década de los noventa se abría como el espacio de los acuerdos, los juicios y sobre todo de la evaluación crítica de esas luchas de los largos años sesenta.

La historiografía y las ciencias sociales latinoamericanas se inundaron de reflexiones, análisis y descripciones sobre las guerrillas que protagonizaron uno de los episodios más complejos del siglo XX. Este interés por conocer en profundidad dicho fenómeno, también estaba acompañado subliminalmente de la afirmación de que ésta expresión de violencia política había llegado a su fin. Así comenzaron a aparecer en el continente los registros que daban cuenta de la heterogeneidad de la lucha armada en el territorio, sus peculiaridades, los motores que cohesionaban, las figuras relevantes y las especificidades por países. Inaugurales son los trabajos de Daniel Pereyra, *Del Moncada a Chiapas* (1994), Jorge Castañeda, *La utopía desarmada* (1993), Luis Vitale, *De Martí a Chiapas* (1995), Gabriel Gaspar, *Guerrillas en América Latina* (1997) Peter Waldmann, Peter Aldmann y Fernando Reinares, *Sociedades en guerra civil: conflictos violentos en Europa y América Latina* (1999) Alejo Maldonado Gallardo, Sergio Guerra Vilaboy y Roberto González Arana, *Revoluciones Latinoamericanas del Siglo XX. Síntesis histórica y análisis historiográfico* (2006) por citar los que comenzaron con el impulso que tuvo su clímax entre libros, artículos y capítulos de libros durante la primera década del siglo XXI.

Luego de más de 25 años de ese boom, aparece el texto *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del Muro* del historiador uruguayo Aldo Marchesi. Cabe preguntarse con claridad, ¿Cuál es el aporte nuevo que viene a ofrecer el texto de Marchesi? ¿Dónde radicaría el interés por conocer un fenómeno saturado por el análisis crítico y expositivo?

La mirada de Marchesi, logra salvar con creces esta baya inicial y ofrece un trabajo novedoso y necesario por las razones que comentaré.

1 Candidato a Doctor en Historia, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Becario ANID.

El centro de la propuesta del historiador uruguayo está enfocado en ofrecer en primer lugar un marco de referencias que escapen a las miradas locales sobre el conflicto armado. Las guerrillas latinoamericanas deben entenderse entonces más allá del plano militar o de las características anecdóticas de los enfrentamientos bélicos, son un fenómeno que contiene una profundidad y extensión temática que es necesario ahondar y mirar con perspectiva.

Así Marchesi, propone al lector hacer un constante viaje de intercambios y de redes, que son las mismas estructuras que sostienen el nacimiento y desarrollo de las guerrillas en el espacio del Cono Sur. El autor señala; “En este sentido, mi trabajo aspira a ubicar en un contexto más amplio el surgimiento de las organizaciones armadas, tomando en cuenta que sus militantes fueron parte de ese “movimiento de movimientos” vinculados a experiencias innovadoras en el campo de la sociedad y la cultura, en todos los países donde la vieja y la nueva izquierda y la contracultura adquirieron configuraciones diferentes de las que existían en los Estados Unidos y Europa” (Marchesi, 2019, 10). Este enfoque no es sólo comparativo, es también parte de la mirada compleja y necesaria en torno a la revolución como norte de una generación.

El segundo aporte interesante, aunque a veces es el menos evidente en su desarrollo, es la localización de una particular cultura política, que se desprende precisamente de este traslado de influencias e ideas, bajo el motor de la lucha política. La presencia de una sintonía revolucionaria, que define sus límites más allá de lo nacional, aparece con notoriedad en los nexos no sólo personales entre la militancia, sino que también en términos orgánicos. Así, para Marchesi, existe un ethos que vincula el accionar más allá de las particularidades. En este sentido, el autor señala; “En estos movimientos, estos grupos produjeron una concepción común del latinoamericanismo y una crítica de la viabilidad de la democracia liberal en el contexto del subdesarrollo y la Guerra Fría. También sostuvieron una idea de violencia política vinculada con particulares nociones de lo moral que entendía la política en términos maniqueos, reducían el cambio social a la voluntad revolucionaria y asociaban el compromiso político con el sacrificio personal” (Marchesi, 2019, 22)

Así, con estas definiciones de entrada, el texto está ordenado en cinco capítulos, que adquieren su relevancia precisamente por el rol que adquirieron estos espacios y actores, en las características generales que adquirió el fenómeno de la lucha armada en el continente. Es decir, la anatomía del texto de Marchesi, no está caracterizada por la descripción de las características de las guerrillas en América del Sur, sino en los hitos demarcadores de la red política e intelectual que se tejió en torno al fenómeno.

Teniendo en claro lo anterior, el primer capítulo se titula, “¿Cómo es la revolución sin la Sierra Maestra? Los tupamaros y el desarrollo de un repertorio de disenso para países urbanizados (1962-1968)” aborda una de las primeras adaptaciones y reacomodos que realizó la izquierda revolucionaria del continente, en relación al camino del guevarismo que ya para 1967 vivenciaba una de sus principales derrotas estratégicas. En el Uruguay de mediados de la década de los sesenta, el escenario de fondo en que venía actuando y desarrollándose una particular expresión de la izquierda, propiciaba una arquitectura de la revolución diferente al contexto campesino e indígena de Bolivia. Así el Movimiento de Liberación Nacional Tupama-

ro, desarrolló un repertorio de disenso para los países urbanizados contemplando para esto, el reemplazo de la Sierra Maestra por las calles de Montevideo. Esta apuesta, según el autor, estuvo enmarcada en una cohabitación entre la intelectualidad uruguaya y la que provenía del exilio brasileño y argentino, que ayudó a conformar una red de intercambio de ideas y reflexiones, que contribuyeron a darle resonancia al proyecto tupamaro. Marchesi comenta; “Ese clima de activa sociabilidad política en los bares y cafés del centro de la ciudad y de divulgación a través de múltiples librerías, editoriales y publicaciones-como el semanario Marcha y el diario Época, que albergaron en sus columnas a intelectuales que no podían publicar en sus propios países-ayudo a construir una comunidad de intercambios políticos que habilitó diversas reflexiones sobre los procesos regionales” (Marchesi, 2019, 52). Es importante recalcar, que esta divergencia o camino alternativo al foquismo, no simboliza una crítica al modelo cubano, más bien significaban un enriquecimiento en las formas de lucha militante, según Marchesi, este nuevo repertorio generó amplias expectativas entre la intelectualidad de la izquierda del Cono Sur, quienes comenzarían a gestionar apoyos y redes solidarias. “El nuevo repertorio de disenso fue el primer aspecto de una cultura política revolucionaria que, poco a poco, se forjaría entre los militantes conosureños” (Marchesi, 2019, 70) sostiene el autor.

El segundo capítulo titulado “Los lazos subjetivos de la solidaridad revolucionaria. De La Habana a Ñancahuazú (Bolivia) 1967” se centra en los efectos subjetivos tras la muerte del Che en Bolivia, y lo que significó el fracaso político de la guerrilla. Un aspecto interesante en la apuesta del autor, es que logra localizar dentro de los elementos fundantes de una cultura política revolucionaria, elementos simbólicos que se desprendieron tras la muerte del comandante. Y es que, tal como menciona Marchesi, la aparición de una multiplicidad de expresiones artísticas, literarias vinculadas a la emocionalidad que representó la caída de Guevara, configuraron un mapa extendido por el continente de heroísmo, sacrificio y valentía que también fueron parte de la lectura que se hizo sobre el fracaso boliviano. La importancia de esta dimensión, radica en la compleja edificación de una identidad revolucionaria que se alimentó de estas expresiones poéticas, musicales y epitáficas. Para el autor; “En alguna medida, la lectura de estos poemas guarda ciertas coincidencias con la noción de estructura de sentimientos planteada por Raymond Williams, ya que se refiere una identidad generacional en su modo de expresar creencias, valores y emociones, que anteceden a la política a través del arte, y que aún no logra formalizar en el campo de la política” (Marchesi, 2019, 101)

Sumando a lo anterior, una de las claves de proyección de la figura del Che, ya no sólo como militante internacionalista, sino también como guerrillero heroico, estuvo en la lectura que la militancia hizo de sus dos últimos textos, *Mensaje a la Tricontinental* y el *Diario en Bolivia*. Ya no sólo eran rescatados los lineamientos políticos o estratégicos del Che, también ahora se sumaba a la consumación de una cultura política en desarrollo, el valor épico de la gesta que estaba inserta en un largo camino de luchas que los militantes conosureños estaban dispuestos a continuar.

En el tercer capítulo titulado, “Dependencia o lucha armada. Intelectuales y militantes conosureños cuestionan el camino legal al socialismo. Santiago de Chile 1970-1973”, Aldo Marchesi intenta demostrar como el espacio creado por el triunfo de la Unidad Popular, significó no solamente un hito como experiencia novedosa en la construcción del socialismo, materia

ampliamente estudiada, sino que también contribuyó a fortalecer una red transnacional de colaboración militante que reflexionaba continuamente sobre las distintas experiencias, armadas y no, dentro del marxismo latinoamericano.

Con una amplia fundamentación histórica, el autor evidencia las contribuciones que comenzaron a desarrollar distintos círculos de militantes, los vínculos y estrechos lazos generados entre organizaciones, y la consolidación de una de las expresiones epistemológicas más creativas de la década, como lo fue la teoría de la dependencia.

Como parte de una trayectoria de enriquecimiento, la experiencia chilena, va a representar uno de los momentos de intercambio más fructíferos no sólo para la intelectualidad, sino que también para la militancia revolucionaria exiliada que finalmente arribó al Chile de Allende. Por las características mismas del régimen popular, la reproducción de ideas a través de diferentes proyectos editoriales, el asilo y la instalación en las distintas universidades chilenas, como así también la incorporación y creación de centros de estudios, crearon un clima de desarrollo de esta nueva cultura política que Marchesi intenta evidenciar. En relación a esto último, el autor destaca; “En el campo de la nueva izquierda, la renovación política y la renovación académica fueron un binomio difícil de separar, y así lo testimonian las trayectorias de algunos académicos mencionados en esta sección. Pero a la par de este fluir académico, el Chile de Allende era un semillero de intercambio entre militantes políticos de diferentes países” (Marchesi, 2019, 130)

Junto con lo anterior, y tal como se ha mencionado, Marchesi rescata en este escenario chileno, la consolidación de una de las experiencias revolucionarias más ambiciosas y complejas a la vez de implementar, como lo fue la Junta de Coordinación Revolucionaria, JCR. Esta temática ha sido tratada en profundidad por el autor, quien ofrece una contundente e inédita batería de fuentes documentales. La JCR, era parte de una sintonía de organizaciones hermanas, como destaca Marchesi, que compartían la visión común de que el conflicto político, tenía una importante cuota de resolución armada, y que el contexto de fuerte autoritarismo, requería de la consolidación de una retaguardia entre los revolucionarios. Así, la puesta en marcha de un centro de la revolución en donde participarían con distintos grados de protagonismo el ELN boliviano, el MIR chileno, el MLN Tupamaro uruguayo y el ERP-PRT argentino, tenían como base y legitimidad, la trayectoria previa de intercambios transnacionales gestados con antelación.

Luego del golpe de estado en Chile, las opciones de fortalecimiento de la izquierda revolucionaria parecían limitarse solamente a la sobrevivencia. No obstante, la consolidación y permanencia de esta red de intercambios gestada desde mediados de los sesenta, pudo recomponer las posibilidades de accionar de la golpeada militancia. En el cuarto capítulo titulado “La partida decisiva de la revolución en América Latina. Militantes bolivianos, chilenos y uruguayos en la Argentina peronista. Buenos Aires, 1973-1976”, se va a escribir uno de los últimos episodios de este largo proceso de germinación de este ethos militante, que se nutrió de los aportes que cada espacio geográfico le correspondió ofrecer. Así, la llegada de los revolucionarios a territorio argentino, fue la consolidación y confirmación de distintas tesis políticas. Una de ellas es la que referencia Marchesi; “En opinión de Marini, que expresaba el sentir de la flamante Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR), luego de 1973 la Argentina se había transformado en una

zona clave para el desenlace definitivo del enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución” (Marchesi, 2019,153) En suelo argentino, la madurez teórica del ERP-PRT va a jugar un rol relevante en el perfil que van a delinear los Tupamaros y el ELN boliviano, por una parte. Y por otra, luego del golpe militar argentino de 1976, va a ser principalmente la organización de Mario Roberto Santucho, la que estaba en condiciones de continuar con la tarea de vincular a la militancia latinoamericana con el exterior, y de mantener con vida a la JCR.

Con la diáspora como característica experiencial de los revolucionarios, pero con la experiencia del almacenamiento de un intercambio militante fructífero, maduro considerablemente la concepción del internacionalismo entre los revolucionarios. El autor señala que el fortalecimiento de ciertas nociones por parte de la militancia, y la reelaboración teórica a partir de los fracasos y errores vividos, construyó nuevos parámetros para la cooperación internacional dentro del escenario de la Guerra Fría; “Por ese motivo existía un nivel superior de esa solidaridad democrática: la solidaridad revolucionaria, que consistía en el apoyo moral prestado a las organizaciones que, como las que integran la JCR, luchan por la liberación y el socialismo con una línea de guerra popular. El máximo nivel de la solidaridad revolucionaria era el internacionalismo proletario, vale decir, la solidaridad moral y material, que puede consistir en el apoyo con combatientes y armamentos a nuestra guerra de liberación” (Marchesi, 2019,181)

Bajo la percepción de cualquier observador del fenómeno revolucionario, parecía que el camino final de los militantes fue la derrota política después de los golpes militares. No obstante, con una interesante lucidez y pertinencia, Marchesi ofrece un último momento de detención, a partir de la revisión del camino tomado y protagonizado por la militancia que dejó las armas y la clandestinidad y se ubicó en el complejo momento de las transiciones democráticas de mediados de los ochenta y durante la década de los noventa.

El quinto capítulo se titula “Sobrevivir a la democracia. La transición de la lucha armada a los derechos humanos (1981-1989)”, y es quizás una de las detenciones más novedosas en lo que al tema central se refiere. Generalmente los relatos sobre el devenir de las organizaciones de la izquierda revolucionaria, habían mirado con menos profundidad el paso de un contexto de resistencia y revolución, a otro de repliegue y transición. ¿Qué ocurrió con los revolucionarios luego del fin de la utopía? ¿Qué podrían aportar los militantes sobrevivientes al contexto de comienzos de las democracias? Lo que se ha manifestado con notoriedad, fue la tensión existente entre los viejos anhelos y la visión de una realidad incómoda para la izquierda más radical, que por una parte observaba como se delineaban los senderos del retorno democrático, sin saldar las demandas que ellos mismos en algún momento habían defendido. Y, por otro lado, luego de sus derrotas, las organizaciones desterradas por el continente y por el mundo, observaban el triunfo a fines de los setenta, de una propuesta insurgente, que según Marchesi, incorporaba otros tópicos y otras demandas, más heterogéneas y menos ortodoxas. La constatación de que había otras formas de lucha ajenas a sus proyecciones, aunque con sus apoyos, generó el inicio de un camino de transformación sin retorno. La revolución sandinista, abrió un nuevo foco de discusión y reflexión.

En relación a lo primero, el abandono de la lucha armada, Marchesi, comenta; “En todos los grupos existió esa tensión entre el pasado de los setenta y el presente. La puja entre la

cultura política revolucionaria heredada y la lucha social vinculada a los movimientos sociales y políticos de la transición fue un elemento central del periodo. En ningún caso, el abandono de las prácticas conspirativas y la lucha armada fue consecuencia de una transformación ideológica radical; en cambio, siempre fue el resultado del análisis de las condiciones históricas vigentes” (Marchesi, 2019, 223). Fue así que, en este escenario, la lucha por la defensa de los derechos humanos y el rescate de la memoria histórica, jugó un rol central en la militancia que todavía tenía un norte al cual seguir. “El lenguaje de los derechos humanos estuvo acompañado, en la reflexión de la izquierda por la idea de su renovación” (Marchesi, 2019,191) afirma el autor. Más que la imagen de quien sostiene las últimas maderas a flote que impiden el hundimiento en las profundidades, la lucha por los derechos humanos y la defensa de otros sectores antes no contemplados, representó la cualidad de adaptación de estas orgánicas, convencidas, además, de que, si la revolución no había triunfado, no lo haría el olvido y la impunidad.

Al igual que como muchos otros intelectuales, el colofón de esta historia, está remarcada por la vigencia no de las formas, sino que de los contenidos por los cuales los revolucionarios se alzaron a la montaña y las calles del continente. El autor refuerza en sus conclusiones la importancia explicativa en torno a la formación de una particular cultura política transnacional, que le dio un correlato que fue madurando a lo largo de la larga década de los sesenta, y que ayuda a explicar de mejor forma, el sentido de las piezas de un gran rompecabezas que tenía como tema, la relevancia de la transformación social en el continente de manera profunda y urgente.

El estudio de Marchesi, da un refresco a esta temática, que como mencionamos al comienzo, gozó de una numerosa puesta en escena desde mediados de los noventa, pasando por los estudios descriptivos a los análisis más críticos del fenómeno. Esta actualización de la mirada, también se sostiene sólidamente con una nutrida utilización de fuentes en español, inglés y portugués, y de la revisión de inédita documentación clandestina sobre las organizaciones que protagonizaron uno de los episodios más complejos de la historia contemporánea.